

# VuElAn CaRtAs... Reflexiones sobre vivencias

con los “Amigos i Amigas por carta”

*Comienza la mañana y la pizarra de la biblio anuncia **Amics i Amigues per carta**, los primeros niños y niñas que llegan preguntan “si ha llegado carta”; el resto se van enterando de la noticia a medida que llegan, contagiados por la alegría y animada impaciencia que revolotea por toda La Ginesta.*

No puedo remontar a los orígenes, pero desde que llegué a la escuela, ya hace cinco años, el carteo entre escuelas nos acompaña y cada curso va tomando una identidad y espíritu propios que, desde los mayores hasta los pequeños, se hereda e integra con fuerza en la estructura de la actividad.

*Un gran círculo se dibuja en la sala, sentados para la reunión, impregnado por el alboroto habitual que generan los nervios ante la duda: -¿habrá alguna carta para mí?, ¿me habrá enviado alguna foto?, ¡yo le envié una!, Como no me haya escrito, ya no le escribiré más! Algunos llaman la atención a otros para que haya silencio mientras alguien abre el sobre lleno de pequeñas cartitas, con el nombre del destinatario escrito en una de las caras y... empieza a repartir.*

Rememorar este momento me recuerda la cantidad de rituales que nos acompañan durante el curso y que se han ido forjando gracias al valor y el cuidado con que se han vivido y transmitido, desde su origen, del adulto al niño mayor y mediano y de éstos al pequeño que llega. Éstos que vivimos rodeados de cartas, son momentos con un gran potencial simbólico y de aprendizajes a muchos niveles, empezando por la unión de grupo que nutre la fuerza del ritual en sí mismo; seguido de las conversaciones y reflexiones que nos aportan las historias que se ven o se insinúan entre líneas; la fuerza del compartir la vivencia de la lectura y la escritura con los demás con todo aquello que aparece (la imagen de uno mismo, las dificultades, los espacios a mejorar...) y un gran etcétera, seguramente por descubrir todavía, del que deshaciendo el ovillo me trae reflexiones para compartir.

*Mientras algunos se adentran en las cartas que han recibido, otros comparten su desengaño por no haber recibido respuesta y deciden pedir explicaciones a su amigo; alguno hace una observación en forma de pregunta: -, Por qué en esta escuela sólo escriben las niñas?; alguien responde: -a los niños les debe dar pereza; otro añade: -deben estar todo el día jugando a futbol! Pregunto si a alguien le apetece compartir su carta y continúo sorprendiéndome, como si fuera el primer día, por la generosidad con*

*la que muchos comparten lo que han recibido, haciendo partícipes al resto, de aquel espacio de relación, propio e íntimo que está construyendo con su Amigo por carta.*

La llegada de una carta genera la misma expectación que la visita de alguien desconocido; es una ventanita que abre puentes de comunicación con aquello que no conozco, que no tiene cara... ni olor.... ni color y que necesariamente de forma más o menos explícita te devuelve una pregunta... i tu... ¿quién eres? ¿Y tu cara? ¿Y tu olor? En con todo esto, recuerdo el día en que el hecho de observar que los niños de Ojo de agua no escribían inició una conversación espontánea que nos transportó a hablar de la relación de cada uno de ellos con la escritura y, por defecto, con la lectura. La conversación se inició con el atrevimiento de algunos al imaginar los motivos de la no correspondencia de los niños de Ojo de Agua; la mayoría de especulaciones giraban alrededor de la pereza y de la pasión por el fútbol que, según algunos, diferencia los niños de las niñas *“que son más tranquilas y les gusta concentrarse más”*. Recuerdo que los adultos que estaban allá, a través de nuestras preguntas, gestos y complicidades, abrimos una nueva posibilidad que, lejos de un debate de género, apuntaba a lo que puede haber detrás de la pereza o del desinterés. Como se suele decir... *que tire la primera piedra...* quien no se haya refugiado alguna vez bajo la pereza o el desinterés u otra excusa para esconder la debilidad; reconocer la propia dificultad es un acto de humildad a veces doloroso, pero necesario. Nuestra invitación a pensar sobre ello animó a un niño de los mayores a compartir su vivencia con la escritura: *-no me gustaba mi letra-, - olvidaba las letras-, -no quería escribir porque me daba vergüenza lo que pudieran decir los niños-* Su intervención marcó un punto de inflexión. Ahora, el ambiente mas distendido, ofrecía la calidez y la confianza para que otros niños y niñas, también muy conscientes de esta relación con la dificultad, pudiesen explicar su historia. Todas las historias coincidían en un punto que os adultos recogimos y soltamos como una semillita al viento...”la dificultad para empezar a afrontarla debía ser reconocida primero por cada uno”.

Esta situación, me vuelve a conectar con la importancia que tiene tomar consciencia de la relación que cada uno tenemos con el aprendizaje que, al fin y al cabo, no deja de ser diferente de la relación que establecemos con la vida en un momento determinado.

Siguiendo el hilo de las situaciones, se puede palpar la dificultad que aparece...

Me vienen imágenes, algunas del curso pasado, otras de principios de éste. Cuando los niños y las niñas abren sus cartas, dedican un tiempo a responder al amigo, si lo tienen, o bien inician la correspondencia para presentarse. Es un momento que yo, personalmente, disfruto mucho; el ambiente se impregna de una mezcla de concentración i el susurro de los que van comentando aspectos relacionados con las cartas: *- le gusta el color lila como a mí!-, -dice que me quiere conocer-, -¡me cae muy bien este niño!-, -le escribiré con mayúsculas por si todavía no entiende las minúsculas-*.

*Mientras paseo, me cuelo entre las historias de los que se muestran más abiertos a compartir (es un regalo) y me dispongo al hecho de acompañar que, para mí, implica un estado de estar al servicio de las situaciones, de lo que va surgiendo, abriendo los sentidos a la observación, a la escucha. Desde aquí, tomando la distancia justa, puedo llegar a palpar el universo que palpita en aquel preciso instante de que yo también formo parte:*

Una niña se va de la sala y se construye una cabañita para escribir, queda totalmente escondida dentro de la estructura. Parece que no tiene ganas de compartirla, a juzgar por su reacción cuando algún curioso se le acerca.

Un niño lleva un rato ante la inmensidad del folio en blanco; tras un rato se anima, trémulo, a escribir unas palabras. Esta situación en él es muy familiar, pienso. Suspira. Mira la carta del niño que está junto a él, mira la de enfrente en un gesto que parece buscar una coordenada, un hilo del que estirar. Empieza a hacer garabatos que borran aquellas palabras. Veo que se levanta y se me acerca, me dice *-Yo la haré en casa, ¿vale Mercè?-*

De una niña de las pequeñas que escribe decidida en un rincón de la biblio, me llama la atención su postura corporal. Escribe totalmente encogida. Parece que esté un poco tensa; se me confirma esta sensación cuando veo cómo reacciona cuando algún niño se acerca o pasa por su lado... tapa disimuladamente la carta con un gesto de escondela de la mirada del otro. Cuando paso, el gesto vuelve a repetirse.

Podría seguir llenando páginas con instantáneas como éstas, imágenes sugerentes que nos invitan necesariamente a pensar qué está expresando aquel niño, qué hay al fondo de lo que es aparente y qué tipo de acompañamiento necesitaría. Entrar en esto ahora comportaría escribir un relato dentro de este relato, pero me parece que son imágenes suficientemente simbólicas como para hacernos una idea de las situaciones que conforman la esencia en el acompañamiento que vivimos diariamente vivimos, y vivo en La Ginesta. Conectar en este caso con la dificultad, ponerle palabras, descubrir el propio juicio, la imagen que el niño tiene sobre sí mismo en relación a... es un diálogo presente que va tomando profundidad a medida que madura y siendo un vínculo de confianza con los adultos y el resto de compañeros.

Los amigos y amigas por carta, es una de aquellas actividades que han sido y son una oportunidad para destensar las tensiones que se respiraban en algunos niños y niñas entorno a la lecto-escritura. Cuando pienso en qué ha lo favorecido, conecto con fuerza que gran parte de ello tiene que ver con el ambiente de confianza, de ayuda y de aprendizaje en grupo que hemos ido tejiendo cada vez que una carta llegaba. Este ambiente sin juicio ha ayudado a que cada uno pueda reconocer su momento presente y pueda establecer un horizonte, un reto hecho a medida, a medida de sus posibilidades presentes.

Esto favorece que el niño mayor que está escribiendo una carta larga, mire con ternura al más pequeño (que todavía se olvida de cómo se hacía la “Qu” y se cansa a la tercera línea) y/o se preste a ayudarlo ante las dudas y, el pequeño, a entender que el más mayor lleva más tiempo caminando y que se trata de esto, de ir dando pasitos...

Y la alegría...

Tengo guardados en la memoria gran cantidad de latidos de alegría que se han repartido con las llegadas de las cartas. Me emociona, todavía más, cuando pienso que este arte de escribir cartas, hoy en día, es casi un acto romántico, podríamos decir que en peligro de extinción.

Cultivar la magia de la carta que toma un camino... de ida a la escuela Tximeleta (Navarra), Alavida (Madrid), Ojo de Agua (Alacant), Donyets (València) i Ca l'Areu (Sant Cebrià) y de vuelta a la escuela El Roure, está siendo un acto simbólico y una oportunidad más de dar espacio a todo lo que aparece para seguir haciendo un relato propio de nuestra propia vida.

**PD:** El carteo de los niños y niñas ha comportado un carteo electrónico entre los adultos que acompañamos la actividad de cada proyecto. “Vuelan cartas” en el remitente del e-mail, era el aviso de que una carta emprendía el camino.